

# SOBRE EL ORIGEN DE LA COMUNICACIÓN PERSUASIVA (UNA PROPUESTA DESDE LA FILOSOFÍA DE LA COMUNICACIÓN DE HEIDEGGER)\*

*On the Origin of Persuasive Communication.  
From Heidegger's Philosophy of Communication*

Luisa Paz RODRÍGUEZ SUÁREZ\*\*  
Universidad de Zaragoza

## **Resumen**

La interacción comunicativa no es un fenómeno espontáneo sin más, por eso que un discurso sea persuasivo no depende únicamente ni de la intención retórica del hablante ni tampoco de su potencial interlocutor, sino que la persuasión se produce porque ambos comparten de algún modo *un espacio de juego común* que hace que la interacción comunicativa se efectúe. En este trabajo se intenta esclarecer este aspecto y para ello se toman como referencia algunas de las implicaciones que pueden derivarse de la filosofía de la comunicación de Heidegger, a partir de las cuales puede ser explorada una instancia discursiva que, en definitiva, actúa como la memoria que hace posible el conocimiento y la interacción comunicativa.

*Palabras clave:* conocimiento, comunicación, discurso, existencia, interpretación, lenguaje, memoria, persuasión.

## **Abstract**

The act of communication is not only a spontaneous phenomenon. This means for a speech to be persuasive it does not only depend on the speaker's intended rhetoric nor on their potential interlocutor, but rather that the persuasion happens

---

\* Una primera versión de este trabajo fue presentada como comunicación con el título «El orden persuasivo del discurso» en el *XIV Susanne Hübner International Seminar: Linguistics and Persuasive Communication* (Zaragoza, 2007).

\*\* Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras.  
Correo electrónico: luisapaz@unizar.es. Fecha de recepción del artículo: 10 de febrero de 2008. Fecha de aceptación y versión final: abril de 2008.

because both share in some way a common ground where the interactive communication takes place. This work intends to clarify this point and to do so some of the implications that can be taken from Heidegger's philosophy of communication have been taken as a reference. The act of speech, the way it acts like memory leading to knowledge and making interactive communication possible is explored.

*Key words:* knowledge, communication, discussion, existence, interpretation, language, memory, persuasion.

1. Si reparamos en los actuales medios de comunicación de masas, parece que el carácter persuasivo de las enunciaciones hace un creciente acto de presencia en la interacción comunicativa, asumiendo un papel cada vez más relevante en el espacio público, particularmente en contextos como el jurídico, el político o el de la publicidad asociada al consumo. Es verdad que el hecho como tal no es nada nuevo si tenemos en cuenta el origen de la retórica sofista, cuyos principales maestros ya resaltaron el papel persuasivo de la comunicación en la cultura griega de la Antigüedad. Ya entonces la retórica se constituye como arte de la persuasión, de un decir que intenta mover determinadas actitudes en los interlocutores.

En general, decimos que la enunciación de un hablante es persuasiva cuando tiene fuerza para mover a su interlocutor potencial a creer o hacer alguna cosa, pues lo que pretende con ella, en definitiva, es inducir una cierta actitud en él. Esto tiene que ver con que dicho interlocutor se forma un juicio en virtud de algo, es decir, comprende algo de determinada manera. Ahora bien, ¿tendría sentido que nos preguntáramos si hay algo que *mueve* al propio lenguaje? Una pregunta como esta carecería de oportunidad si fuera la intención del hablante el principio fundador de la totalidad del sentido de su decir. Como si su intención comunicativa fuera la razón suficiente o la instancia primordial desde la que surgieran en primer término los significados que articulan su lenguaje. La idea bíblica de la creación a partir de la nada es sin duda muy atractiva, pero no parece que pueda funcionar como principio explicativo del discurso del hablante en el sentido que acabamos de indicar.

Si el origen de las significaciones estuviera sin más en las proposiciones mismas del lenguaje con el que nos comunicamos, y partiera en última instancia de la propia intención comunicativa del hablante, me parece que habría al menos una pregunta que se tornaría problema irresoluble. Ya que si

esto fuera así ¿cómo podría ser, no ya persuadido, sino siquiera simplemente comprendido por el otro? Antes bien, el discurso con el que el hablante persuade lo hace efectivamente si *al mismo tiempo* el otro es persuadido. Precisamente por ello la que puede ser persuasiva, en sentido estricto, es la propia comunicación. Aunque no siempre sea necesaria una proposición enunciativa, la persuasión se produce, pues, en el elemento del lenguaje: desde la intención del hablante que enuncia una proposición al efecto que provoca cuando aquélla alcanza un cumplimiento posible en la comprensión del otro. Por tanto, que la persuasión tenga lugar no depende únicamente —aunque sea importante— de la intención del hablante, sino igualmente del efecto que produce en su interlocutor en la medida en que éste es susceptible de ser persuadido. Ambos son participantes en la comunicación precisamente por eso, porque comparten *de algún modo* un espacio de juego común que hace posible que la interacción comunicativa se efectúe. Descifrar en qué consiste este aspecto —este «compartir de *algún modo* dicho espacio de juego común»— es lo que intentaré esclarecer en estas páginas.

Etimológicamente la palabra «decir» tiene su origen en el indoeuropeo *deik* que significa «mostrar», «señalar». Cuando enunciamos algo lo dicho nos envía así a una situación objetiva. El contenido de las proposiciones —esto es, nuestros juicios— son articulaciones de sentido que está orientado a los objetos haciendo posible su conocimiento, por lo que decimos que posibilitan la objetividad. Los juicios transmiten así nuestros conocimientos, tanto los científicos como los que forman la llamada *actitud natural*. El decir nos envía entonces a una situación objetiva, pero *al mismo tiempo* nos remite —si bien indirectamente— a su propio origen. Con independencia ahora de lo que sea la eficacia retórica, quisiera resaltar en este momento ese otro aspecto que acabo de mencionar y que resulta indisoluble del lenguaje: el de su procedencia. Me refiero con ello a lo que no aparece explícitamente, pero que hace posible nuestras enunciaciones en la interacción comunicativa, ya que la condición de posibilidad de nuestros juicios no descansa en ellos mismos, ni tampoco en la intención retórica del hablante sin más, sino en una instancia constitutiva, que es una articulación de sentido primaria, un fenómeno discursivo que constituye por ello el ser de toda proposición. Este trabajo pretende explorar esa instancia discursiva. Para ello tomaré como referencia algunas de las implicaciones que pueden derivarse de la filosofía de la comunicación de Heidegger, ya que su aportación ha contribuido a cuestionar una concepción tradicional del lenguaje que —desde Aristóteles— ha reducido el lenguaje a la *expresión (Ausdruck)*, identificándolo de este modo con el nivel predicativo del mismo; una interpretación desde la que no podía ser pensada la

dimensión significativa que siempre es presupuesta en toda enunciación y que actúa como la *memoria* del discurso.

2. La interacción comunicativa propiamente dicha se encuentra en el nivel de la *comunicación* (*Mitteilung*) que es toda proposición. A través de una proposición enunciativa se comunica algo, a saber, un sentido que puede ser comprendido por otros. Pero esto sólo es posible porque estructuralmente la proposición contiene, además de este momento de la comunicación, otros momentos constitutivos del sentido en los que ésta se sostiene, y que son, respectivamente, la *determinación* (*das Bestimmen*) y la *indicación* (*Aufzeigung*) del sentido. La dimensión *determinativa* del lenguaje se corresponde con el nivel lógico de la predicación, en la que el sujeto es determinado por el predicado. Y el *determinar* que es dicha predicación se deriva, a su vez, de la *indicación* del ente del que habla.

Considerada como estructura gramatical, la proposición no es verdadera ni falsa; sólo es escrita o dicha. Verdad y falsedad sólo se dicen del sentido inherente a la proposición, por tanto, del juicio, «en la medida en que él tiene valor objetivo»<sup>1</sup>. El movimiento del conocer se produce, pues, como juicio, ya que mediante éste se da la construcción de la objetividad, es decir, mediante el hecho de formular una proposición —vale decir, de determinar mediante un predicado—<sup>2</sup>. De ahí que sea lícito decir que a través del juicio conocemos el objeto. Ahora bien, ¿de dónde viene la posibilidad de ser verdadero o falso? Tradicionalmente se dice que una proposición puede ser verdadera (o falsa) si se *corresponde* (o no) con la situación objetiva a la que se refiere. Mas esta verdad de la proposición —de la verdad epistemológica, que es propiedad *de lo que se dice* de las cosas— puede darse porque se deriva de una verdad más originaria que tiene que ver con una experiencia antepredicativa —de una verdad ontológica, que es propiedad *de las cosas*—. Y es que para que algo pueda ser comprendido como predicado es necesario que tengamos *acceso previo, antepredicativo, a él*, ya que de otro modo dicha experiencia no es objetivante. Esta experiencia antepredicativa, como veremos, supone la concreción primaria del sentido que hace posible la comprensión que se expresa en la proposición. Dicha experiencia previa es la que permite la relación con el objeto, la que, en definitiva, hace posible que este objeto pueda

---

1. Martin Heidegger, «Die Kategorien- und Bedeutungslehre des D.Scotus», en *Frühe Schriften, Gesamtausgabe*, t.1, Frankfurt, Klostermann, 1978, p. 292.

2. Heidegger 1978: 403-405.

darse como tal. Y para ello tiene que haber entrado en juego de antemano un modo de comprensión más primario, un modo de comprensión que supone un cierto tipo de percepción<sup>3</sup>.

Para Heidegger —igual que para Kant— lo que hace posible la experiencia, «lo que posibilita el comportamiento con respecto al ente, es la comprensión previa de la constitución de su ser»<sup>4</sup>. Se trata, pues, de un conocimiento ontológico que se da «antes de toda experiencia» y sirve a ella, y que consiste en la comprensión previa del ser del ente. Un modo de comprender primordial que supone, en última instancia, el fundamento de las significaciones y que —como ya afirmó también Kant— constituye el fundamento de todos los juicios sintéticos, que son los juicios cognoscitivos finitamente<sup>5</sup>. Dicha comprensión antepredicativa es denominada por Heidegger «apertura» (*Offene*), ya que no se trata de nada objetivamente existente, sino de un acaecer que abre, y que consiste en una preaprehensión o anticipación de sentido (*Vorgriff*) del ente, el horizonte dentro del cual —como decimos— llega a captarse previamente su ser<sup>6</sup>. Dicha comprensión primaria «figura» (*bildet*) la trascendencia misma que nos atraviesa, y aunque necesariamente queda oculta en nuestra manera de pensar cotidiana o científica, es lo que en definitiva la hace posible.

Así pues, la experiencia del ente está siempre orientada por una comprensión previa de su constitución. Esta comprensión de su ser es una modalidad de la comprensión (*Verstehen*) a la que Heidegger denomina «interpretación (*Auslegung*)». Interpretación (*Auslegung*) y proposición enunciativa (*Aussage*) son, por tanto, dos modalidades de la comprensión (*Verstehen*) —que es un fenómeno unitario—. Sólo cuando comprendemos, algo se abre como tal<sup>7</sup>, es decir, se hace accesible. La comprensión que se realiza como interpretación, «es la originaria revelación del mundo»<sup>8</sup> y —como veremos— constituye el acceso del ser humano a sí mismo, a los entes y a los otros, y sólo desde ella es posible la comprensión que se expresa como proposición. La proposición es la forma del *logos apofantikós* que se funda en esta interpretación que —como dice Heidegger— «está antes de la predicación (*Prädikation*)», y por eso la

---

3. Martin Heidegger, *Kant und das Problem der Metaphysik*, Frankfurt, Klostermann, 1951, p. 110.

4. Heidegger 1951: 20.

5. Heidegger 1951: 23 y 111.

6. Heidegger 1951: 115.

7. Martin Heidegger, *Sein und Zeit*, Tübingen, Niemeyer, 1986, p. 198.

8. En palabras de Arion L. Kelkel, *La Légende de l'être. Langage et poésie chez Heidegger*, París, Vrin, 1980, p. 254.

designa «como *apertura antepredicativa del ser (vorprädikative Offenbarkeit)* o mejor como *verdad prelógica (vorlogische Wahrheit)*». En tal interpretación primordial «se funda la posibilidad del ser verdadero y ser falso del logos», pues «el hombre que habla y que enuncia tiene que tener de antemano un espacio de juego» para la verdad y la falsedad; «un espacio de juego, dentro del cual el ente mismo —sobre el que se enuncia— es abierto»<sup>9</sup>. Ahora bien, si esto es así, ¿cómo se produce dicha interpretación? La interpretación —como veremos— es una *relación* con el ente. Por eso la relación de la proposición con el ente *que muestra* no es nunca originaria, porque ella no produce la apertura primaria de su ser, sino que la presupone. «El encerrado negro» tiene que haber sido ya abierto para nosotros como ente, si queremos enunciar sobre él mostrando. Esta interpretación es el espacio desde el que aparecen las cosas y también los hombres; es lo que da orden al aparecer y, aunque es «mediadora en las relaciones entre todo lo real»<sup>10</sup>, ella no aparece, haciendo posible que lo demás aparezca como tal, es decir, que se objeive.

3. Así pues, el ser de todo ente, su apertura antepredicativa —o, lo que es lo mismo, su interpretación— se manifiesta en nuestra comprensión. Por eso la posibilidad misma de la existencia del ser humano se basa precisamente en ella. El ser humano tiene «por constitución la existencia», porque es un ente que vive comprendiendo su ser<sup>11</sup>. De tal manera que sin esta interpretación no se puede dar en general ningún ente, y es también lo que hace posible que el hombre acceda a sí mismo —no sólo a los objetos de su experiencia y, en definitiva, al otro—, ya que constituye el fundamento de su reflexividad —y así de su subjetividad—. De ahí que el fundamento que hace posible el conocimiento de objetos sea el mismo que hace posible el acceso del hombre a sí mismo como sujeto: dicha interpretación.

El ser humano, pues, está constituido esencialmente por la estructura del comprender en su duplicidad y —como dice Heidegger— «en tanto que comprende vive en el mundo». El fenómeno del mundo se refiere así al «todo de significatividad» dentro del cual puede el hombre puede existir como tal, es, en definitiva, el horizonte de significación en el que se comprende el ser humano a sí mismo, comprende su ser y su poder-ser<sup>12</sup>. En

9. Martin Heidegger, *Die Grundbegriffe der Metaphysik. Welt-Endlichkeit-Einsamkeit, Gesamtausgabe*, t. 29/30, Frankfurt, Klostermann, 1983, pp. 494 y 493.

10. Martin Heidegger, *Einführung in die Metaphysik, Gesamtausgabe*, t. 40, Frankfurt, Klostermann, 1983, p. 92.

11. *Sein und Zeit*, pp. 8-9, 57-58 y 71.

12. *Sein und Zeit*, pp. 201 y 116-117.

definitiva, el determinar cognoscitivo que articula la proposición está fundado en el encontrarse del ser-en-el-mundo<sup>13</sup>, en esta apertura primaria que es la interpretación: «porque el ser humano es en su ser mismo “significante” (*bedeutend*), vive en significaciones y se puede expresar como tal»<sup>14</sup>.

Hemos señalado que la experiencia antepredicativa que supone la interpretación del ente es un «acaecer fundamental» que se da antes de todo ente singular. La interpretación es de este modo una síntesis más originaria que consiste en la capacidad de «figurar la unidad». Pero, podemos preguntarnos ¿cómo se articula una experiencia semejante toda vez que es anterior a la síntesis predicativa y, por tanto, a la dimensión lógica del juicio? Según lo dicho hasta ahora, la proposición supone la figuración semántica y sintáctica del ser; y su figuración antepredicativa estaría articulada por lo que Heidegger llama «habla o discurso viviente (*lebendige Rede*)»<sup>15</sup>, del que dice que es el fundamento ontológico del lenguaje (*Sprache*)<sup>16</sup>. Por todo ello, el mundo no puede ser entendido como algo que se tenga propiamente, ni tampoco como un conjunto de objetos sin más, sino como una dimensión en la que se está, porque es un todo de significación que precisamente se da en tanto en cuanto es «figurado» por el ser humano. El acaecer de la figuración del mundo es la síntesis primordial que se produce como discurso<sup>17</sup>. La propia existencia del ser humano tiene en su base dicha figuración y se entreteje como discurso. La interpretación es así una estructura hermenéutica que pertenece esencialmente al comportamiento del ser humano<sup>18</sup>. Aunque esto no significa que el hablante sea el creador del lenguaje que usa, pues la posibilidad misma de su propia existencia —como decimos— se basa en dicha figuración. Antes de todo conocer y querer se da esta previa figuración del mundo. Por eso el discurso es concebido por Heidegger como «un apriori del sujeto fáctico»<sup>19</sup>, como una estructura que articula significativamente la comprensibilidad de la existencia humana y, en ese sentido, como algo constitutivo de su existencia. Articular la comprensión quiere decir, entonces, que el ser hu-

---

13. *Sein und Zeit*, pp. 181-185.

14. Martin Heidegger, *Logik. Die Frage nach der Wahrheit, Gesamtausgabe*, t. 21, Frankfurt, Klostermann, 1976, p. 151.

15. Martin Heidegger, *Die Grundprobleme der Phänomenologie, Gesamtausgabe*, t. 24, Frankfurt, Klostermann, 1989, p. 303.

16. *Sein und Zeit*, p. 213.

17. Para más información sobre este aspecto véase mi *Sentido y ser en Heidegger: una aproximación al problema del lenguaje*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2004, pp. 74-77.

18. *Logik. Die Frage nach der Wahrheit*, pp. 144-146 y 149.

19. *Sein und Zeit*, párr. 44.

mano se apropia explícitamente su poder-ser, que mediante el discurso se apropia su estructura como existente. La existencia, como «movimiento-hacia sí fuera de sí», es inseparable de fijar el sentido<sup>20</sup>.

Por todo lo dicho el conocimiento óntico, expresado en la proposición, puede adecuarse al objeto sólo porque previamente se ha dado una manifestación de ese objeto *como* ente, es decir, «cuando se conoce la constitución de su ser»<sup>21</sup>, que es producida interpretativamente. Dicha interpretación constituye la concreción primaria del sentido, un descubrir primario en la que se funda la estructura del determinar que es la proposición. Así pues, «la proposición indica fundándose en lo ya abierto en [dicha interpretación] [...]. El formular una proposición no es [por ello] una operación que flote en el vacío ni pueda abrir por sí primariamente entes, sino que tiene siempre ya por base el ser-en-el-mundo». Lo ya abierto en la interpretación es un tener previo que es indicado por la proposición en el modo del determinar. La proposición necesita además un ver previo del que se extraiga «el predicado encerrado tácitamente en el ente y que se trata de destacar y atribuir. [En definitiva] a la proposición [...] es inherente [...] una articulación significativa de lo indicado». También es necesaria, para formular una proposición, la participación del concebir previo, de una conceptualidad determinada<sup>22</sup>.

4. Al preguntarnos antes por el modo en que se produce una interpretación tal, hemos dicho que consiste en una *relación* con los entes. Ahora estamos en condiciones de desarrollar lo que anteriormente empezó a ser indicado. La interpretación se construye desde *la relación de uso* con las cosas, pues es a partir del «para qué» cuando se descubre ésta en primer término. Nosotros vivimos siempre ya en esta apertura (*Aufschluss*) sobre la cosa; una apertura que remite al *para qué* desde el que se construye su significar primario (*primär Bedeuten*). Así el ente del que se habla es tenido siempre ya en una interpretación (*in eine Deutung gestellt*), es ya significado (*bedeutet*). La forma primaria de toda interpretación consiste en esta interpretación articuladora en la que se manifiesta el *para qué* de una cosa; así, es posible comprender la cosa en tanto que es, algo como algo. Esta interpretación no necesita hacerse expresa «en la forma lingüística de una proposición» para efectuarse como tal. Para que la interpretación tenga lugar no es

---

20. H.-Ch. Tauxe, *La notion de finitude dans la philosophie de M. Heidegger*, Lausana, L'age de l'homme, 1971, pp. 184-185 y 197.

21. *Kant und das Problem der Metaphysik*, p. 22.

22. *Sein und Zeit*, p. 208.



necesario que se dé bajo la forma de la «proposición enunciativa» (*Aussage*). Y no lo es, porque la interpretación, en tanto que articulación de lo comprendido, «es anterior a toda proposición temática sobre ello»<sup>23</sup>. En cambio, la articulación de sentido proposicional no puede darse prescindiendo de este horizonte significativo de la interpretación primaria. Así, un útil es accesible a partir de una totalidad de útiles que es descubierta siempre antes que él. Este descubrimiento inmediato —que, podríamos decir, acompaña todas nuestras representaciones— no se da como una aprehensión temática o explícita del ente como útil, sino que está presupuesto necesariamente. Este modo de ser antepredicativo se capta tácitamente. El útil queda como lo no temático en el juego de la representación del objeto (p.e. en la aprehensión cotidiana). En la interpretación primaria el ente deviene ente como útil y por ella aparece significado primariamente. En este hacer patente del *para qué* se hace expresa la significación de la cosa, como dice Heidegger, la significación «viene a la palabra»<sup>24</sup>.

Así pues, hablar —como lo hace el filósofo alemán— de un percibir (*Wahrnehmen*) antepredicativo que es articulado interpretativamente —y por tanto significado—, implica que no hay percepciones puras, pues la percepción se da siempre en una interpretación que comprende<sup>25</sup>. De ahí que la percepción pura equivalga, en definitiva, a un no comprender. No es posible, por tanto, percibir un ente intramundano separándolo de su contexto significativo, desligándolo de su mundo, arrancándolo de su pertenencia a un complejo de utensilios, reduciéndolo, en fin, a la pura exterioridad a la manera cartesiana (*res extensa*). Las cosas no se nos dan al margen de su significado. «Todo ente disponible que nos encontramos [...] se inscribe ya siempre en un universo significante»<sup>26</sup> que va con él y que constituye la interpretación —vale decir, la pre-comprensión— de esa comprensión.

Por lo tanto, el sentido no es únicamente el contenido de una proposición<sup>27</sup>, sino que está arraigado en la existencia, y ésta, a su vez, tiene una dimensión esencialmente comunitaria: es memoria. Por ello, ni el hablan-

---

23. *Sein und Zeit*, p. 198.

24. Martin Heidegger, *Prolegomena zur Geschichte des Zeitbegriffs, Gesamtausgabe*, t. 20, Frankfurt, Klostermann, 1988, p.360. Como dice muy significativamente en la p. 287: «No es que hubiera vocablos y que con el tiempo éstos fueran provistos de significaciones, sino al revés, lo primario es ser en el mundo, esto es [...] ser en un plexo de significaciones [...]. Los vocablos no reciben significaciones, sino al revés, las significaciones son expresadas en vocablos».

25. *Sein und Zeit*, p. 199.

26. *La Légende de l'être*, pp. 256-257.

27. *Sein und Zeit*, p. 207.

te crea las condiciones de posibilidad de su decir, ni el receptor es un mero espectador pasivo en la comunicación. Poder entenderse con los otros implica *vivir en el mismo mundo*. La eficacia del lenguaje descansa entonces en que ambos comparten un horizonte de sentido común en el que se inscribe la posibilidad tanto de su decir como de sus efectos. Por eso la comunicación no se puede concebir simplemente como un transporte de vivencias «del interior de un sujeto al interior de otro»<sup>28</sup>. Comprender al otro no tiene nada que ver con compenetrarse con él de manera espontánea, «sino que —como dice Heidegger— yo lo comprendo a partir del mundo en el que él es conmigo, el cual es comprendido y descubierto con respecto al ser uno con otro. Sólo porque el comprender está sacado del mundo, se da la posibilidad de comprender un mundo ajeno o un mundo proporcionado mediante fuentes, pinturas y ruinas, pues, entonces yo ya no tengo personas, con las que me tenga que compenetrar, sino restos de su mundo. En esta comprensibilidad del mundo es posible ante todo incomprendibilidad y distancia»<sup>29</sup>. La interacción comunicativa, pues, no es nunca un fenómeno espontáneo, sino que siempre está mediada por un mundo, un plexo articulado de significaciones y referencias que no aparece en primer término, sino que lo hace tácitamente haciendo posible dicha comunicación. La forma enunciativa que es la proposición supone, en este sentido, una abstracción respecto de la totalidad de referencia. Podemos decir que todo un mundo destella en cada proposición, pues de la enunciación del hablante surge un fenómeno del mundo que *al mismo tiempo* presupone ese mundo del que procede.

---

28. *Sein und Zeit*, p. 215.

29. *Prolegomena zur Geschichte des Zeitbegriffs*, p. 335.